

ARTHUR SCHOPENHAUER

CORRESPONDENCIA
ESCOGIDA
(1799-1860)

EDICIÓN, NOTAS Y TRADUCCIÓN DEL
ALEMÁN DE LUIS FERNANDO
MORENO CLAROS

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la edición, las notas y la traducción, 2022
by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, acuarela atribuida a Allwine Frommann (1843)

ISBN: 978-84-18370-79-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 3840-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	7
I. Cartas de Heinrich Floris Schopenhauer y su esposa Johanna a su hijo Arthur (1799-1804)	21
II. Correspondencia de Weimar: Johanna Schopenhauer escribe a su hijo (1806-1811)	43
III. Época de la tesis doctoral. Correspondencia con Goethe. Johanna rompe con su hijo (1813-1816)	201
IV. En vísperas de la publicación de <i>El mundo como voluntad y representación</i> . Correspondencia con F. A. Brockhaus (1818)	265
V. <i>El mundo como voluntad y representación</i> ve la luz. Primer viaje a Italia. Quiebra de la banca Muhl (1819)	297
VI. Schopenhauer busca trabajo (1819-1820)	323
VII. Algunos escritos referidos al «caso Marquet». Segundo viaje a Italia (1821-1824)	359
VIII. Schopenhauer se ofrece como traductor (1824-1830)	395
IX. Algunas cartas de los años del cólera. La amante. El reencuentro con Adele y Johanna (1831-1835)	425
X. El genio incomprendido (1836-1843)	465
XI. El lento despertar: correspondencia con Frauenstädt y otros discípulos y admiradores (1844-1849)	535

XII. El acierto de <i>Parerga y paralipómena</i> (1850-1854)	573
XIII. La «comedia de la fama» (1855-1860)	689
<i>Apéndice. «Elogio solemne de la filosofía»</i>	765
<i>Cronología. Vida de Schopenhauer</i>	773
<i>Bibliografía</i>	777
<i>Índice onomástico</i>	785

‡ Este símbolo indica personajes sobre los que no ha sido posible encontrar información.

[-] Este símbolo indica la omisión de palabras ininteligibles o irreproducibles tanto en la edición de Frauenstädt como en la de Hübscher.

PRÓLOGO

El lector tiene en sus manos una selección de cartas de Arthur Schopenhauer y de algunos de sus numerosos correspondientes, entre los que destacan la madre y la hermana del filósofo—Johanna y Adele—, Goethe y los editores de la casa Brockhaus. Hay cartas de amigos, admiradores y discípulos, e incluso algunas del único amor de Schopenhauer: la corista Caroline Medon. En total son 287 cartas. Muchas se traducen por primera vez al castellano, y algunas ya conocidas se dan en versiones más ajustadas.

Según la edición de las obras completas de Schopenhauer a cargo de Paul Deussen—discípulo de Nietzsche y gran admirador del filósofo pesimista—, se conservaron 500 cartas de Schopenhauer y 619 de sus diversos correspondientes. Pude optar por traducir sólo las cartas del filósofo, pero el resultado habría sido demasiado unilateral; más enriquecedor es verlo en diálogo epistolar con sus destinatarios, pues esto proporciona cercanía y viveza a unos documentos que datan de hace dos siglos. La información que aportan es mucho más rica, y más seguro el hilo conductor que nos guía por la peripecia vital de un hombre que pasó gran parte de su vida en soledad y tuvo fama de misántropo, pero que, como muestran las cartas, también supo relacionarse cuando fue necesario, y lo hizo a menudo de manera espontánea y hasta jocosa en ocasiones.

La de Schopenhauer fue una vida sin demasiadas peripecias y consagrada principalmente al saber y a la creación filosófica; también, al igual que la de cualquier otra persona, estuvo llena de alegrías y penas, de encuentros y desencuentros, de anhelos e ilusiones, de vacilaciones y desengaños. Aunque si creemos en la verosimilitud de la idea que él tuvo

de sí mismo, que se consideraba «un genio» (en el sentido más romántico de la palabra)—alguien que se veía hermanado en la distancia con Spinoza, Descartes y Kant—, tendríamos que pensar que en el fondo su vida fue trágica, pese a su apariencia de tranquilidad; y digo esto porque así es como reza el pensamiento que Schopenhauer acuñó en su juventud y que sirve como lema de las cartas que he seleccionado: «La vida de todos los hombres geniales es siempre trágica, incluso cuando vista desde fuera parezca tranquila». Es de suponer que lo escribió sin ironía.

Arthur Schopenhauer nació en Dánzig el 22 de febrero de 1788, en el seno de una familia patricia muy acaudalada. Cuando Prusia se anexionó esta ciudad en 1793, el padre de Schopenhauer, Heinrich Floris, la abandonó junto con su mujer e hijo, y se instaló en Hamburgo. Allí prosiguió con su negocio de exportación e importación de mercancías a lo largo y ancho del mundo.

El padre, pese a su riqueza, sufría de depresiones; mucho mayor que su esposa Johanna (nacida Trosiener)—también natural de Dánzig y de buena familia burguesa—, murió en 1805; aunque aparentemente murió a causa de un accidente, tanto Johanna como Arthur sospecharon siempre que se suicidó. Tras su fallecimiento, su esposa heredó todos sus bienes; poco después liquidó la empresa comercial y, como viuda rica, pudo retirarse a vivir cómodamente de las rentas en la ciudad de Alemania que ella eligió: Weimar. No escogió Weimar por casualidad; en ella vivía Goethe, el gran clásico de las letras alemanas, y en torno a quien se reunían destacadas figuras literarias de la época. Johanna, amante de las letras y las artes, anhelaba disfrutar de su libertad y consagrarse a las buenas amistades y a las actividades culturales y artísticas.

Mientras ella estaba en Weimar, su hijo Arthur permanecía en Hamburgo. Éste le había prometido a su padre que en el futuro sería también comerciante como él, pero odiaba este destino, y lo que en realidad deseaba era estudiar una carrera

académica para orientar su vida hacia un futuro de científico o erudito, de profesional libre o incluso de profesor universitario. Poco tiempo hubo de estar sometido a aquella cadena que lo sujetaba, porque ante las depresiones que esto le causaba, Johanna, comprensiva, le eximió de la promesa dada al padre y le permitió que abandonara la vía del aprendizaje comercial y se consagrara a lo que de verdad le exigía su espíritu.

A una edad un tanto tardía para empezar a estudiar, el joven Arthur dominó en poco tiempo las lenguas clásicas latín y griego, que eran condición necesaria para comenzar cualquier estudio académico en Alemania. En la universidad se matriculó en medicina y, al poco tiempo, cambió sus estudios por los de filosofía.

A partir de entonces, su vida fue la de un erudito dedicado a cultivar la filosofía y a escribir sus libros. En 1818 terminó la primera versión de su obra capital: *El mundo como voluntad y representación*; el resto de sus obras consistió en la ampliación y la variación de las ideas fundamentales que expresó en aquel libro original y prodigioso, uno de los más relevantes e influyentes de la historia de la filosofía. Pese a su grandeza, la época en la que vio la luz *El mundo como voluntad y representación* no se mostró receptiva: las ideas de Schopenhauer pasaron sin pena ni gloria, aplastadas bajo la potencia de las teorías de otros pensadores más famosos, Fichte, Schelling y Hegel, los sumos representantes del idealismo alemán, la cumbre del pensamiento y de la filosofía del Romanticismo en Alemania.

Algo más de treinta años pasó Schopenhauer penando porque sus ideas no obtenían el eco que creía merecido, y sólo en el último decenio de su vida, a raíz de la aparición en 1850 de sus dos tomos de ensayos misceláneos titulados *Parerga y paralipómena*, por fin le visitó la ansiada fama. Y cuando ésta se presentó, fue enorme e imparable. De ser un autor desconocido, Schopenhauer se transformó en el filósofo de moda en Alemania; sus libros eran leídos incluso por personas que

poco sabían de filosofía, y cautivaron también a literatos y artistas, al igual que seguirían haciéndolo a lo largo de todo el siglo xx y hasta la actualidad. Es sabido que grandes personalidades intelectuales como Wagner, Nietzsche, Tolstói, Thomas Mann, Proust, e incluso Kafka o Borges, apreciaron mucho las obras de Schopenhauer; y hoy es un clásico indiscutible de la historia del pensamiento y uno de los filósofos más leídos.

A esa vida tranquila «vista desde fuera» que llevó Schopenhauer contribuyó mucho el hecho de que heredase de su padre una fortuna que le permitió vivir de las rentas, sin tener que sacrificar el tiempo de su existencia a un oficio remunerado. Tuvo suerte de que la quiebra de la banca Muhl—casa en la que los Schopenhauer habían invertido su capital y que dejó a su madre y a Adele casi en la miseria—a él le afectase sólo parcialmente; gracias a su encono, Schopenhauer negoció con el banquero y fue capaz de salvar parte de su fortuna. Por otra parte, Schopenhauer también tuvo suerte de que no le afectaran las guerras napoleónicas que asolaron parte de Alemania mientras él cursaba sus estudios de filosofía en Berlín; sólo le causaron alguna molestia, como la de tener que trasladarse a Rudolstadt para redactar en un ambiente tranquilo su tesis doctoral. Schopenhauer no se sentía llamado a seguir «más estandarte que el de las musas», escribió, y no quiso saber nada del patriotismo bélico que ensanchó los corazones de muchos de sus camaradas e incluso de sus profesores (por ejemplo, J. G. Fichte); tampoco era un nacionalista, así que aquellos acontecimientos históricos lo dejaron frío.

Algo más le afectaron anímicamente la revolución y los disturbios sangrientos que en 1848 alteraron la seguridad y el orden político en Alemania y que costaron la vida de muchos civiles y militares, porque temía por sus ahorros y sus rentas si aquellos «soberanos sinvergüenzas»—como él denominaba a los revolucionarios—llegaban al poder. Cuando vio las calles llenas de barricadas y oyó el estruendo de

los disparos que intercambiaban militares y sublevados enseguida tuvo claro a quién debía apoyar: no precisamente a los de las barricadas.

Por lo demás, vivió soltero, y gran parte de su vida a su manera, como él quería: independiente, libre de una familia de la que ocuparse y que le impidiera dedicar el tiempo a sus asuntos intelectuales. Lo que más le molestaba y le amargaba era saber que su sistema filosófico pasaba desapercibido, ésa fue—si optamos por el tinte patético—la gran tragedia de su vida espiritual y de su amor propio.

Schopenhauer fue contemporáneo de Goethe, Beethoven, y Napoleón. Parte de su vida coincidió con la época romántica, cuando las clases burguesas y la aristocracia admiraban la expresión artística de las pasiones, sentían interés por las letras, la música, el teatro y las charlas cultas de salón; cuando el común de la sociedad consideraba a filósofos, científicos y eruditos individuos de valía; cuando la célebre *Bildung* alemana—la educación, formación y culturización de las personas—desempeñaba un papel esencial en el día a día de los ciudadanos. Vivió asimismo en la época Biedermeier: es decir, en el tiempo del triunfo pleno de la burguesía y sus comodidades, de la probidad social y comercial; y más tarde presenció la ruptura del idilio pequeñoburgués: la ya mencionada Revolución de 1848, con la rebelión de las masas clamando en las calles contra privilegios de clase e injusticias sociales.

Como es natural, las cartas de la presente selección, con sus variados tonos y voces, reflejan algún destello de estos ambientes. Pero hay que tener en cuenta al leerlas que Schopenhauer fue un filósofo especulativo que nada quiso saber de crítica social y, ni mucho menos, de las ideologías que se gestaban en su tiempo. Él era un hombre conservador, ajeno a las tragedias sociales concretas de la época. Su visión pesimista de la existencia era de corte metafísico: sostenía que el mal del mundo es irremediable en su generalidad y esencia, puesto que es algo inherente a la existencia; «existir es pa-

decer», rezaba uno de sus lemas capitales. Podrá paliarse alguna injusticia social, pero el sufrimiento y el dolor vendrán por otra parte. Es célebre su apreciación de que a los pobres les atormenta saber cómo se ganarán el pan para subsistir, pero a los ricos les atormentan el aburrimiento y el hastío vital, tanto que este último es la causa de otros mil males e incluso del suicidio.

Schopenhauer pensó su filosofía para la posteridad, quiso que saltara por encima del aquí y el ahora de su tiempo. Interpretar la existencia en su totalidad, entender el mundo en su conjunto, fue su expectativa, y nunca la de defender una clase social o defenestrarla. Tampoco se paró a reflexionar sobre su época; aparte de sus opiniones personales sobre ella—muy negativas, por cierto—, nunca trató de ser un sociólogo o un observador del presente desde un punto de vista crítico. La única «crítica» que existía para él era la de Kant. Consideraba indigno de un filósofo rebajarse a tratar asuntos de la actualidad, eso era algo que dejaba para los «periodistas» o «gaceteros», un gremio que Schopenhauer despreciaba.

Sus ideas no triunfaron en la euforia del Romanticismo, cuando dominaban las de Fichte, Schelling y Hegel—sus coetáneos—, sino en el marco de la decepción del fracaso revolucionario, hacia 1850. Y precisamente esos años del triunfo de su filosofía fueron también los más felices para él.¹

La presente selección recoge cartas de todas las etapas de la vida de Schopenhauer: desde su niñez hasta la última carta que escribió, pocos días antes de su fallecimiento, el 21 de

¹ Para conocer más a fondo la vida de Schopenhauer véase la extensa «Introducción» en *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*, introd., sel., trad. y notas Luis Fernando Moreno Claros, Barcelona, Acantilado, 2016, así como Wilhelm Gwinner, *Arthur Schopenhauer presentado desde el trato personal*, ed. Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Hermida Editores, 2017, y Luis Fernando Moreno Claros, *Schopenhauer. Una biografía*, Madrid, Trotta, 2014.

septiembre de 1860; desde los años de ilusión y frustración hasta los del reconocimiento y la consiguiente exaltación.

Las primeras cartas seleccionadas son casi todas las que se conservan de la infancia de Arthur: su correspondencia con los padres, Heinrich Floris Schopenhauer y Johanna Trosiener. Son misivas que intercambiaron con su hijo cuando éste pasó dos años en casa de unos amigos franceses de Heinrich Floris, en El Havre, para aprender francés. Así como otras que datan de la época en que Arthur pasó tres meses interino en un pensionado, en el alfoz de Londres, para aprender inglés mientras sus progenitores viajaban por Escocia e Inglaterra. Esta correspondencia es la más antigua que se conoce del filósofo.

A partir de 1805, cuando Schopenhauer quedó huérfano de padre, fue la madre quien mantuvo una abundante correspondencia con su hijo. Johanna, veinte años menor que Heinrich Floris, casada con él por conveniencia y no por amor—tal y como confesó ella misma—, se instaló en Weimar exultante de alegría por la libertad recobrada tras los años de sometimiento conyugal; por fin podía vivir como deseaba: independiente y rodeada de amistades intelectuales. Era una mujer de carácter abierto y temperamento resuelto y alegre, muy distinta del hijo, saturniano, grave y pesimista desde muy joven.

Nada más llegar a Weimar en busca de Goethe, se encontró de golpe con la guerra de los prusianos contra los franceses, y fue precisamente esta circunstancia la que le granjeó los amigos y un gran reconocimiento en la ciudad como mujer animosa y valiente.

Los años de Johanna en Weimar, de 1806 a 1825, en los que trabó contacto con Goethe y su círculo más estrecho de amistades, son de enorme interés; sus cartas de entonces sirven de valioso testimonio para conocer cómo vivía la sociedad culta de Weimar.

A través de estas misivas de Johanna a Arthur podemos

constatar cómo fue la evolución afectiva de madre e hijo. Es Johanna la que tiene más voz, puesto que de Schopenhauer se conservaron apenas unos fragmentos de supuestas cartas a su madre; pero ello no impide que también sea posible reconstruir las circunstancias de la vida del joven Arthur, con sus zozobras sobre su futuro y su decisiva inclinación por la filosofía. Apenas trabó contacto con esta disciplina supo que sería filósofo, y la razón era muy sencilla de exponer, tal y como se la expresó al poeta Wieland, en Weimar. Cuando éste le preguntó cómo es que iba a dedicarse al estudio de una disciplina que no le reportaría ninguna riqueza material y sí mucho estudio y dedicación, Schopenhauer le respondió: «La vida es una cosa miserable y me he propuesto dedicar la mía a reflexionar sobre ello».¹ Desde entonces creció en su interior la necesidad de demostrar al mundo que él era un genio capaz de resolver el enigma de la existencia y de aclarar las causas metafísicas del mal y el sufrimiento. A los pocos años se vio maduro para escribir una obra de filosofía, y la llevó a cabo con la abierta intención de superar en mucho todas las demás obras filosóficas de su tiempo. La obra genial que Schopenhauer se proponía escribir sólo sería equiparable a las inmortales de Kant o de Goethe.

El autor de *Fausto* fue el contemporáneo al que más admiró el joven filósofo. Y precisamente con Goethe mantuvo una breve e intensa correspondencia. Todas las cartas que se han conservado de ambos están incluidas en la presente selección. Por desgracia para Schopenhauer, Goethe no vio bien que el joven filósofo le enmendara la plana en un asunto que le llenaba de orgullo y satisfacción: su teoría de los colores. En Weimar, Goethe trabó amistad con el joven en casa de Johanna y lo invitó a que fuera a visitarlo a fin de hacerle partícipe de sus experimentos científicos sobre los colores. Arthur se interesó vivamente por los descubrimientos

¹ *Conversaciones con Arthur Schopenhauer, op. cit.*, p. 83.

de Goethe y, apenas abandonó Weimar, compuso él mismo una teoría de los colores que, aunque tomaba como base algunas ideas de la teoría de Goethe, la refutaba en parte y hasta pretendía superarla.

En esta selección recojo asimismo la interesante correspondencia de Schopenhauer con su editor Friedrich Arnold Brockhaus, a quien el filósofo le presentó *El mundo como voluntad y representación* para que lo publicara. El editor no pudo cumplir con el plazo de publicación establecido y esto motivó el enfado del filósofo, que nunca logró llevarse bien con los sucesivos editores de la casa Brockhaus. De su tormentosa relación con éstos dan cuenta otras tantas cartas fechadas en diversas etapas de su vida.

Siguen cartas de la época del primer viaje a Italia de Schopenhauer, justo después de terminar *El mundo como voluntad y representación* (1819). Y cartas de la época inmediatamente posterior, cuando trató de abrirse paso en los ámbitos académicos e intelectuales de Alemania; entre ellas, un texto autobiográfico de gran relevancia: el *curriculum vitae*, escrito cuando solicitó la habilitación para dar clases en la Universidad de Berlín. Pero en vano se imaginó Schopenhauer rodeado de unos alumnos que nunca llegó a tener. La desilusión de no haber podido llegar a ser un catedrático de éxito—y ni tan siquiera un profesor con alumnos—lo acompañó durante el resto de su vida.

He reunido algunas de las pocas cartas conservadas de Caroline Medon, la amante berlinesa de Schopenhauer, tal vez la única mujer a la que quiso. La relación con ella fue poco próspera para el filósofo. La amada, una muchacha que trabajaba en la ópera de Berlín, sin cultura intelectual y orgullosa de su belleza y su éxito con los hombres, lo traicionó con un amante más acaudalado que él, y tras esta infidelidad el filósofo se negó a mantenerla y la abandonó. La mujer tuvo otros valedores y en el ocaso de su vida, cuando Schopenhauer era ya una personalidad de la que publicaban retratos

los periódicos, Caroline volvió a escribirle añorando la vieja amistad pero contándole que era ya una anciana venerable.

Frustrado porque sus clases en la Universidad de Berlín no tenían el más mínimo eco, Schopenhauer se ofreció a varios editores como traductor. De buena gana hubiera traducido a Kant al inglés, y a Laurence Sterne y a David Hume al alemán; al igual que también tradujo por su cuenta y razón a Baltasar Gracián al alemán. Pero no encontró editores dispuestos a financiar tan nobles tareas. De Gracián, que era su autor español «favorito», tradujo al alemán su *Oráculo manual y arte de prudencia*, pero no halló editor para él, y su magnífica traducción quedó guardada en un cajón hasta que la publicó Julius Frauenstädt una vez fallecido Schopenhauer. Recojo la interesante correspondencia que a propósito de Gracián mantuvo el filósofo con el gran hispanista alemán Johann Georg Keil.

He seleccionado algunas cartas de Adele Schopenhauer, la hermana inteligente y poco agraciada físicamente, que apreciaba a su hermano y trataba de comprenderlo, aunque éste no le demostrara a ella ni tanto afecto ni tanta comprensión. La vida de Adele sí que fue «trágica» o al menos bastante más desdichada que la de su hermano; pobre a raíz de la bancarrota del banquero de Dánzig al que habían confiado su fortuna, fue poco interesante para los jóvenes de su tiempo que no la veían atractiva para el matrimonio. Estudios recientes han demostrado, además, que Adele encontró refugio afectivo en una relación lésbica con la aristócrata Sibylle Mertens-Schaaffhausen, amiga íntima que se erigió en su protectora y la acompañó en sus últimos días, cuando Adele agonizaba a consecuencia del cáncer incurable que la persiguió durante años infligiéndole constantes sufrimientos.

Recojo algunas cartas relacionadas con el «caso Marquet». Schopenhauer tuvo un altercado con una vecina, la costurera Marquet, y ella lo llevó a juicio. El filósofo se defendió sin necesidad de abogado. Pero de poco le sirvió su defen-

sa, puesto que—quizá injustamente—fue condenado a pagar una pensión vitalicia a la víctima. Este hecho hirió en su orgullo al filósofo y le causó gran frustración.

Las cartas de la última década de la vida de Schopenhauer tienen un peso considerable en esta selección. Algunas de ellas tratan aspectos de su filosofía, sobre todo las escritas a su discípulo Julius Frauenstädt; he seleccionado casi todas las que se conservan. Estas misivas son idóneas para aclarar algunos puntos concretos sobre las ideas más señeras y difíciles de Schopenhauer, dado que tuvo que explicarle en varias ocasiones a su discípulo más querido cosas que éste no terminaba de comprender. Muestran, además, el obsesivo interés de Schopenhauer por el mundo de las revistas y las publicaciones culturales; su atención a cada reseña, su satisfacción por verse citado en artículos científicos y filosóficos, y su enfado cuando no se lo mencionaba; sus berrinches cuando consideraba que tal o cual articulista era un mediocre carente de altura intelectual.

Durante el último quinquenio de su vida, Schopenhauer disfrutó del éxito, y aunque tal vez no fuera un hombre completamente feliz—pues eso atentaba contra el núcleo de su filosofía pesimista—, sí fue un hombre cabalmente satisfecho con el giro que había dado su destino. Lo visitaban cantidad de admiradores y otras personas seducidas por su filosofía; vivía pendiente de su imagen pública. Le encantaba algo tan frívolo como hacerse fotografiar, por la sencilla razón de que quería dejar a la posteridad testimonios fieles de cómo era su aspecto físico. Y a punto estuvo de enamorarse de la escultora Elisabeth Ney, joven artista que un buen día se presentó inesperadamente en su casa para pedirle que posara para ella, porque pretendía esculpir su noble semblante en mármol. Al final del libro recojo tres cartas poco divulgadas de esta escultora; la artista y su modelo mantuvieron una breve relación espiritual y armónica que satisfizo mucho al filósofo anciano.

He procurado traducir enteras la mayoría de las cartas, y cuando he omitido fragmentos en alguna de ellas ha sido porque no quedaba claro su significado debido a la falta de contexto, o a que se referían a asuntos económicos sólo conocidos de la familia Schopenhauer, así como a hechos y personas que tampoco tenían relevancia ni gran significado para los corresponsales. He prescindido de las numerosas cartas de negocios, las remitidas a banqueros y apoderados, relacionadas con la herencia de Heinrich Floris y las propiedades de los Schopenhauer en Polonia. Ha quedado fuera de la selección gran parte de la correspondencia de Schopenhauer con los editores y con varios de sus discípulos; aunque de entre ellas he escogido algunas cartas que me parecen relevantes y sirven de botón de muestra.

Siempre que ha sido posible he procurado mantenerme fiel al estilo original alemán de las cartas, a pesar de que en muchas es sumamente descuidado y tosco; hay que tener en cuenta que no estaban destinadas a ser publicadas ni son cartas con pretensiones literarias. En pasajes que pudieran prestarse a confusión al trasladarlos literalmente o que incluso en alemán son casi ininteligibles he optado por aligerar en lo posible el estilo en favor de la plena comprensión. Las cartas de Johanna son peculiares en su expresión: la señora Schopenhauer escribía con extraordinaria celeridad, separando las frases únicamente por comas, sin recurrir al respiro del punto y coma, ni tampoco casi nunca al punto y aparte; algo parecido ocurre con las cartas de Adele. En cada correspondencia se nota un estilo particular: la amante de Schopenhauer «Ida», por ejemplo, apenas sabía separar las frases, mientras que algunos admiradores de Schopenhauer le escribían con un tono engolado y pomposo; también el propio filósofo acusa cambios de estilo en sus misivas en distintas épocas de su vida o según sea el destinatario. Las numerosas notas a pie de página—elaboradas por el traductor para esta edición de *Acantilado*—aspiran a hacer más comprensibles los textos y

PRÓLOGO

las circunstancias vitales en las que nacieron. He intentado dar referencia exacta de las personas que aparecen nombradas en las cartas, en la mayoría de los casos ha sido posible.

Agradezco a las fundaciones alemanas DAAD y Kunststiftung NRW las dos becas que tan generosamente me concedieron; gracias a ellas residí dos meses en el Europäischen Übersetzer-Kollegium de Straelen, donde realicé parte de mi trabajo de traducción.

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

La vida de todos los genios es trágica,
incluso cuando vista desde fuera parez-
ca muy tranquila.

ARTHUR SCHOPENHAUER,
manuscritos de 1814

I
(1799-1804)

CARTAS DE HEINRICH FLORIS
SCHOPENHAUER Y SU ESPOSA JOHANNA
A SU HIJO ARTHUR

I. DE HEINRICH FLORIS SCHOPENHAUER

[Hamburgo, 1799]¹

Mi querido Arthur, te adjunto una carta de tu madre, y si le escribes con el primer correo de la mañana tu carta la encontrará todavía aquí, puesto que hasta mediados de abril no parte a Dánzig; por otra parte, como hay que pensar en tu regreso, te pido que seas bueno y aprendas la tabla de multiplicar en francés. Por último, dale muchos saludos de mi parte al señor y la señora Grégoire.²

2. DE JOHANNA SCHOPENHAUER

Hamburgo, 8 de abril [de 1799]

Mi bueno y querido Arthur:

Tu padre ha recibido la última carta que has mandado, y a los dos nos alegra lo bien escrita que está, pese a algunos errorcillos, pero ni siquiera Roma se hizo en un día. Confío en que poco a poco irás corrigiéndolos y me darás una gran alegría. Ahora procura aprovechar bien el tiempo, pues, como te recordaba en mi última carta, tu estancia en Francia toca a su fin. Tu padre te autoriza a comprar la flauta de marfil por un luis de oro; espero que aprecies lo bueno que es contigo. A cambio te pide que aprendas como es debido la tabla de multiplicar en francés, es lo menos que puedes hacer para mostrarle que cumples sus deseos de muy buena gana. En cuanto a mí, hoy estoy muy afligida, mi querido Ar-

¹ Se indican entre corchetes las intervenciones de los editores de las cartas originales de Schopenhauer o del editor de la presente selección.

² En 1797 Heinrich Floris mandó a su hijo a El Havre para que aprendiera francés. El pequeño Arthur permaneció allí hasta 1799, alojándose en casa de la familia Grégoire.

thur, porque últimamente están falleciendo muchos conocidos en Hamburgo. Este invierno he perdido a muchísimas personas, la última de ellas mi buena amiga mademoiselle Petersen.‡ Seguro que la conocías, puesto que sus padres viven casi enfrente. Hace apenas ocho días que estuvo en casa, tan contenta y animada, pero el miércoles contrajo la escarlatina y esta mañana ha fallecido. También a ti, mi Arthur, he de comunicarte una pérdida que sin duda te afligirá: tu buen amigo Gottfried volvió a enfermar y tuvo que guardar cama catorce días. Creen que jugando o peleándose con otros muchachos recibió un mal golpe, porque apenas volvió a recobrar la conciencia y ni siquiera pudo decir nada. En fin, desde hace ocho días también él es más feliz que todos nosotros, pues falleció. La carta que le escribiste, mi querido muchacho, llegó dos días después de su muerte. Lamento que hayas perdido a tu mejor compañero de juegos, pero incluso a tu edad, mi querido Arthur, es bueno ir acostumbrándose a la idea de que podemos perder con suma facilidad lo que más queremos y también de que la duración de nuestra propia vida es harto incierta. La pobre doctora¹ es la que más pena me da, está tremendamente triste. En casa gozamos todos de buena salud. Tu hermanita es tan vivaracha como un pececillo. Que te vaya bien, mi querido Arthur. Cuida tu salud, que quiero volver a verte feliz.

J. SCHOPENHAUER

3. DE HEINRICH FLORIS A SU HIJO ARTHUR²

Hamburgo, 2 de agosto de 1799

Tu carta del 20 de julio, mi querido Arthur, me ha alegrado mucho, y quizá haya sido una suerte que no te hayas embarca-

¹ Caroline Jänisch.

² Transcribimos la carta original en francés, tal como se la escribió Heinrich Floris a su hijo. Pese a que contiene algún pequeño error (*Aout* por

do en el *Bárbara*. En cualquier caso, aunque todavía no tenemos noticias al respecto, deseamos que regreses muy pronto, y sobre ello he escrito hoy a Perrégaux & Co. y a Stender & Co. en París¹ para que tengan la bondad de dar aviso al señor Grégoire en caso de que se presente alguna oportunidad de viajar desde allí, para que prepare lo necesario y cuando todo esté dispuesto te envíe a París, donde tendrás que quedarte hasta que puedas proseguir el viaje. Quiera Dios que todo salga bien, pero no corras ningún peligro, más vale que se retrase tu viaje de regreso. Te mando mil besos de parte de tu madre, y te envío también la carta que ella te escribió cuando te creíamos ya en camino. Te abrazo de todo corazón. Adiós.²

4. DE HEINRICH FLORIS A ARTHUR

Hamburgo, 9 de agosto de 1799

¡Mi querido hijo!:

Es muy arriesgado regresar por mar en este momento, demasiado tarde, pero tanto el joven Weichbrod‡ como Mahl‡

Août, ame por âme) respetamos la grafía original: «Hambourg, 2 Aout 1799. Ta lettre mon cher Arthur en date du 20 juillet m'a fait bien du plaisir, & c'est peut-être un bonheur que tu te ne sois embarqué sur le navire appelée "Barbara" comme nous n'en entendons rien encore, cependant nous voudrions bien ton retour maintenant, et c'est pour cela que j'aye aussi écrit aujourd'hui à Mess. Perrégaux & Co. et à Mess. Stender & Co. à Paris pour que s'ils sçavent quelque bonne occasion pour ici ils en font part à Mons. Grégoire que celui pour lors s'informe du nécessaire & le trouvant à désir, tu fasse conduire pour Paris et tu y laisse la personne jusqu'à ce que tu te mette en route. Dieu veuille que tout aille bien, mais il ne faut nullement être exposé, si même ton départ fut encore différé. Je t'ai mille baisers à rendre de ta Mère, et t'envois également la lettre qu'elle avait écrite pour toi tandis que je te croyais déjà en route. Je t'embrasse du fond de mon ame adieu. Schopenbauer».

¹ Importantes casas comerciales parisinas con las que Heinrich Floris mantenía tratos comerciales.

² Agradezco a Pilar Benito Olalla su amable ayuda en la traducción de las cartas de esta selección cuyos originales están en francés.

han ido a París desde Holanda y les escribiré para que me hagan el favor de llevarte con ellos en su *retour* [‘regreso’], y que le comuniquen al señor Grégoire cuándo tienen pensado partir de París. Ojalá ésta sea por fin la ocasión en que puedas regresar. Tu madre me ha encargado desde Dánzig que te salude de todo corazón. Un abrazo de tu siempre afectuoso padre,

SCHOPENHAUER

5. DE JOHANNA SCHOPENHAUER

New Castle, 19 de julio de 1803

Hemos encontrado hoy por la mañana tus cartas, querido Arthur, al regresar a New Castle,¹ y me alegra mucho saber que en general te encuentras bien, que estás sano y eres obediente. Respecto a lo demás, tienes que ir viendo qué es lo que más se acomoda a tus deseos, pero yo creo que es imposible que, entre tanta gente, no vayas a encontrar a una o dos personas con las que congenies más o menos, y confío en que ya estés más aclimatado que en tu carta del 8 de julio, cuando acababas de llegar. Sólo tienes que ser un poco más abierto en lugar de actuar como sueles, en cualquier relación social uno debe dar el primer paso, y yo diría que tú puedes darlo tan bien como cualquier otro, aunque sea mayor que tú, por-

¹ En 1803, Heinrich Floris, Johanna y su hijo Arthur emprendieron un viaje por Europa que los llevó hasta Inglaterra después de visitar los Países Bajos y Francia. En Inglaterra, Arthur se quedó interno del 30 de junio al 20 de septiembre en un pensionado para jóvenes en Wimbledon, regentado por el reverendo Thomas Lancaster. Allí debía aprender inglés y familiarizarse con las costumbres inglesas, como efectivamente hizo. Mientras tanto, Johanna y Heinrich Floris hicieron turismo por Escocia. Después de Inglaterra, los Schopenhauer regresaron a Hamburgo tras visitar París, Suiza y Austria. Finalmente, Arthur acompañó a su madre a Dánzig; Heinrich Floris no los acompañó. De esta época han quedado los diarios que Arthur llevó durante parte del viaje; véase *Diarios de viaje*, introd., trad. y notas Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Trotta, 2012.

que seguramente carecerá de la ventaja, de la que tú has disfrutado desde pequeño, de haber vivido a menudo y en diversas ocasiones entre extraños, a falta de la cual cualquier tontería inhibe el coraje de tomar la iniciativa. Entiendo perfectamente que te llame la atención el tono ceremonioso de tus compañeros, pero dada la cantidad de jóvenes se impone para mantener el orden. No te negaré que sería bonito que cada cual hiciera lo que le placiera sin ceremonias, pues bien sabes lo poco dada que soy a la etiqueta y a la obediencia a las reglas, y que a duras penas soporto esa manera de ser y actuar de quienes sólo buscan gustarse a sí mismos, que es la que ahora adoptan nuestros jóvenes aprendices de comercio y estudiantes, porque creen que son el tono y los modales adecuados. Cualquier mujer culta y toda persona educada debería desterrar de sus reuniones sociales ese denominado *tono*, pero lo cierto es que tú estás bien dotado para lograrlo, tal y como para mi fastidio he notado tan a menudo. Me gusta que estés conviviendo con personas de otros modales, precisamente porque les sobra eso de lo que tal vez tú carezcas: a mi regreso me alegraría notar que has tomado algo de esos seres de talante «pródigo en cumplidos», como tú los llamas, si bien me temo que sea una de tus exageraciones.

Me parece que la pintura, la lectura, la flauta, la esgrima y salir a pasear son bastantes distracciones, para mí gusto incluso demasiadas. Durante muchos años yo no tuve casi ninguna distracción ni alegría y supe adaptarme, y a tu edad precisamente eso es lo que debes aprender: es preciso saber vivir primero para disfrutar de las embriagadoras alegrías de la vida más adelante, y ahora mismo tan sólo estás en los preliminares de ese aprendizaje. Entretanto, pronto acabará este mes, y en agosto tu padre te permitirá viajar a Londres una vez por semana: te alojarás con los Percival,¹ que han sido

¹ En sus diarios de viaje, Schopenhauer anotó algunas visitas a casa de la familia Percival. El acaudalado comerciante Samuel Percival y su esposa

muy amables, así que eso es lo que deseo, e insisto en ello porque no me parece bien que vayas a comer solo a una fonda. En cuanto a los gastos, aún tienes dinero, y si se te acaba ya te ha explicado tu padre cómo obtener más. Creo que en unas seis semanas estaremos de nuevo en Londres, y si para entonces tienes ganas de volver a la ciudad para reunirte con nosotros y acompañarnos durante el resto de nuestro viaje te aconsejo encarecidamente que te esfuerces para que cuando regresemos tu padre esté orgulloso de tu caligrafía, porque de lo contrario—no bromeo—no podré apoyarte; en tu lugar, emplearía todo el tiempo y el esfuerzo en alcanzar esa meta. Tienes suficiente inteligencia para hacerte una idea de lo importante que es para tu futuro escribir fluida, correcta y claramente, no entiendo que te resulte tan complicado un ejercicio mecánico ¡si te aplicas y practicas lo necesario! Sé por propia experiencia que es posible hacer bien todo lo que deseamos de veras, así que si no escribes bien es tu culpa y tendrás que asumir las consecuencias, pero nosotros debemos y queremos hacer por tu formación todo cuanto esté en nuestra mano, y no vamos a permitir que tus gustos nos condicionen.

Está visto que nunca acierto con mis regalos y que el alfiler de corbata ha corrido la misma suerte que el lápiz y el cuchillo, así que no te queda más remedio que conformarte hasta que nos veamos en Londres: entonces te haré un regalo *prettier* [‘más bonito’] y mientras tanto miss Lancaster te ayudará con alfileres de costura en caso de necesidad.

En lo que respecta a nuestro viaje, todo está yendo muy bien. No nos hemos detenido mucho tiempo en ningún lugar, porque ya sabes que a padre no le gusta mucho hacer amistades, así que mi única compañía he sido yo misma. Sin embargo, los cambios me proporcionan mucho placer y he escrito tanto en mi diario que en Edimburgo, adonde tenemos

Mary tenían un hijo de la misma edad que Arthur, George: éste solía acompañarlo para enseñarle los lugares emblemáticos de Londres.

previsto llegar en un par de días, daré comienzo a un segundo cuaderno.¹ Estos catorce días he visto cosas bonitas y curiosas de toda índole, muchos castillos hermosos, parques y jardines, y lo que más me ha gustado, muchas regiones hermosas, algunas muy silvestres y románticas, pero tan bellas que no puedes ni imaginártelo. Nunca hubiera pensado que en Inglaterra hubiera tantos roquedales. Derbyshire es indescriptiblemente hermosa, estuvimos en un pequeño balneario, Matlock, donde nos quedamos dos días para ver los alrededores. Me recordó bastante a Karlsbad, aunque es infinitamente más bonito, y me harté de trepar a los pintorescos roquedales de la región. Desde allí viajamos a Castleton, también muy rocosa, donde bajamos a la cueva de Peakshöle con Duguet y un guía. Fue una excursión muy dura, dos veces tuve que pasar por debajo de las grietas rocosas completamente tumbada en un pequeño bote para salvar algún trecho navegando por las corrientes subterráneas, en otro tramo, el guía tuvo que llevarme a cuestras, porque trepar también era muy difícil y peligroso, y pasó una buena hora antes de que volviera a ver la luz del día. ¡Creo que te habría encantado! También he visto algunas ruinas espléndidas, sobre todo una vieja abadía llamada Fountains Abbey, del siglo XII, exactamente idéntica a como había imaginado siempre tales ruinas; en comparación con ella Tharandt, cerca de Dresde, es insignificante. También visitamos un canal subterráneo en las minas de carbón de Mánchester y estuvimos al menos media hora larga bajo tierra, de resultas de lo cual padre se acatarró y durante dos días no se encontró muy bien, pero ahora ya está mejor. Hoy he visitado el gran puente de hierro en Sunderland. En fin, podría seguir escribiéndote muchísimas cosas, pero estoy agotada.

¹ Una década más tarde Johanna Schopenhauer publicó sus *Erinnerungen von einer Reise in den Jahren 1803, 1804 und 1805* ('Recuerdos de un viaje en los años...'), tt. I y II, Rudolstadt, 1813-1814, y t. III, Rudolstadt, 1817, donde contó detalladamente las experiencias de su periplo europeo.